

YO VETERINARIO, EL VALOR DE UNA VIDA

“Por favor doctor, haga lo que esté en su mano, le tengo mucho mucho cariño, me lo regaló mi marido que acaba de fallecer” - Dijo la propietaria nada más cruzar el umbral de la consulta.

Desde que tengo memoria, siempre he querido ser veterinario. Quizás porque he pasado la mayoría de los veranos de mi infancia en la finca de mis abuelos, donde gallinas y pavos campaban a sus anchas, donde todos los días acompañaba al pastor y al rebaño, donde subir al palomar era una aventura o darle de comer a los cerdos y a los conejos una diversión. El caso es que nunca dudé en lo que quería ser de mayor: veterinario.

Nunca me planteé que pudiera haber otra forma de vida, quizás con los años me doy cuenta de que sí, de que la vida no siempre te deja ser lo que quieres, y que al final el destino te acompaña hasta dónde quieres que te acompañe. Pero yo tuve suerte y sin ser uno de los brillantes de la clase, el instituto me permitió acceder a la universidad sin mayor problema.

Recuerdo la primera vez que pisé la facultad, una clase con más de 100 personas, cada una con sus motivos, algunos directos y otros indirectos, que les habían llevado a decidirse por este futuro. Por aquel entonces, cada uno teníamos en nuestra cabeza idealizada la idea de qué era ser veterinario, nada más lejos de la realidad.

Los años fueron pasando, metido en la vorágine de teoría y prácticas, las mil y una disciplinas que tiene donde cada profesor pretende imponer por qué su asignatura es la más importante de la carrera, pero pocos mostrándote la imagen global de la persona profesional que un día llegaría a ser.

Y llegó ese ansiado día, en el que te dan la última nota. Realmente fue una mezcla de sensaciones contrapuestas, un salto al vacío, un “ya estás aquí” pero a la vez una reflexión de “¿realmente quieres estar aquí?”, yo sí, siempre quise ser veterinario.

Han pasado ya bastantes años desde aquel día, pero todavía hoy sigo pensando que al mundo le falta la visión global de la vida, que trabajamos día a día por superarnos en nuestra formación técnica, seguimos como nuestros profesores de entonces, tratando de demostrar por qué la calidad técnica que aportamos es la mejor que se puede dar hoy en día, que somos responsables de mucho más.

Somos responsables de trabajar con vidas, somos responsables de mostrar a nuestros pacientes qué es una vida digna y qué es calidad de vida, cuando todo tiene solución menos la muerte, y cuando a veces la muerte es la solución.

Abrí la caja con sumo cuidado y extraje al canario con la luz atenuada para reducir el estrés, con movimientos delicados y haciendo eco de mi profesionalidad exploré al animal diagnosticando un quiste en región infraorbitaria. Le hablé a la propietaria de las opciones a seguir, a lo que ella me contestó: “A mi marido le costó 20 euros, no pensaba gastarme mucho más”.